

ni el más cruel ni el más longevo. Y hacen uso de una viejísima, tradicional sabiduría política. Tienen que pactar mejores condiciones. Porque desde el inicio de la insurrección, todo favorecía la tendencia centrífuga. Y negocian, con unos y con otros, mejores condiciones: su autonomía, o al menos su mayor autonomía. Es decir, como en tiempos de la conquista, se disponen a vivir de la mejor manera posible la nueva época que se avecina. Pero veían en el fin del pacto colonial un peligro inminente: el fin de un sis-

tema que había hecho posible la sobrevivencia de las comunidades. Temían verse de pronto abandonados a los intereses inmediatos de los propietarios criollos que los circundan. El debilitamiento de las fuerzas centrales significa también la acción irrestricta de los poderosos propietarios. Por eso su lealtad hacia la figura del rey. Por eso su entusiasmo hacia la figura semimonárquica de Iturbide.

Y al atender con minucia el otro flanco, el de los recursos, el de las contribuciones, Juan Ortiz cumple

con los presupuestos básicos de un análisis estatal. Fuerzas coercitivas e impuestos.

Un aporte en la dilucidación de este difícil proceso de descomposición del estado imperial y surgimiento del estado nacional. En suma, la puesta en escena de principios del siglo XIX mexicano —en esa ya de por sí tumultuaria escena—, de un personaje que parecía no tener papel, utilizado hasta ahora como extra y que de pronto es reconocido protagónico, imprescindible: los pueblos.

El vivo retrato

Dolores Ávila

Agnes Pierce, *Apuntes para mis hijos y mis nietos, 1812-1991*, México, INAH (colección Papeles de Familia), 1997, 158 pp.

Nadie debería considerar finalizada su misión sobre la tierra, dice una máxima popular, si no ha escrito un libro, el libro autobiográfico, añadiríamos. Y Gérard Vincent, historiador de la vida privada, se pregunta: ¿no está obligado, cada uno en su tiempo y con sus medios, a la invención autobiográfica? ¿Que nadie se vaya a dormir sin haber hecho las cuentas! Reconciliación con el pasado y con la vida, la memoria es un “dar palmadas en el lomo a la existencia pronta a partir”, dice Ortega y Gasset. Al recapitular sobre sus orígenes y trayectoria, el memorialista se propone definir y reafirmar su identidad; conocer para com-

prender, y comprender para perdonar. Producto de un deseo de revelar a la vez que de encubrir, la escritura suele detenerse en el nivel de lo familiar para descubrir sólo “la cara externa y pública de lo privado”, mientras resguarda la intimidad del individuo. El memorialista de lo familiar se coloca en la posición de quien domina el paisaje: a voluntad posa la mirada sobre cada uno, ya indulgente y reivindicadora, ya agraviada y crítica.

Es posible considerar los *Apuntes para mis hijos y mis nietos, 1812-1991* desde una doble perspectiva: como retrato afortunado de algunos protagonistas de esta narración, y como recuento de tipos humanos y costumbres. La historia empieza en Yucatán a mediados del siglo XIX y termina en la ciudad de México en años recientes.

Hombres de su siglo, el XIX, Darío Galera y Arthur Pierce descue-

llan como figuras míticas, patriarcas fundadores de imperios y dinastías. Ambos consuman la epopeya del héroe que, surgido de la niebla y tras el largo viaje en el que sortea peligros y vence obstáculos, llega a su destino y se coloca como cimiento de la construcción que se ha propuesto levantar. Ambos poseen las cualidades del hombre nacido con el impulso de una nueva sociedad cuyo centro está pasando a ser el individuo. El límite de sus hazañas lo será la medida de su potencia y voluntad. Es posible crear de la nada cuando se tiene la fortaleza moral y la temperancia de Arthur Pierce, o la audacia y la nobleza de Darío Galera.

Mérida, Yucatán, 1840. La historia empieza por la casa y la familia; con ellas adquieren forma y sentido los esfuerzos del fundador. Darío Galera compra “la casa de sus sueños” y cuantas propiedades puede. Durante el siglo XIX se manifiesta

un fuerte anhelo de patrimonio, en particular centrado en los inmuebles. Darío Galera aspira a ser un "hombre de familia" y a tener hijos legítimos que perpetúen la estirpe que acaba de iniciar. Y no sólo lo desea él, lo esperan todos los que lo rodean: ¿qué otra cosa podía hacer "un hombre joven, no mal parecido", ambicioso de consolidar su fortuna, sino elegir una esposa entre "las doncellas casaderas de la alta sociedad"? Pero Galera reafirma algo muy hondo de sí cuando rechaza un ventajoso compromiso matrimonial y opta por una mujer pobre, española, una excéntrica mujer que lee libros y que ha decidido renunciar al matrimonio y vivir independiente. Con ella se aliará Galera para contrarrestar las convenciones; uno al otro se ayudarán a ser socialmente aceptables por el único medio entonces válido: el esfuerzo encaminado a amasar la fortuna familiar. Su éxito en adquirir legitimidad social llegará al punto de que serán escogidos como anfitriones de una princesa europea, la emperatriz Carlota, en su viaje a Yucatán en 1865. Junto a Dominga Pastor, Galera se sentirá de tal manera completado y compensado que será capaz de someterse a la privación sexual que ella le impone y hasta se resignará a no tener un heredero varón legítimo. Ella se casó forzada por las circunstancias, pero, lo había advertido, no aceptaba "la sujeción que impone el matrimonio, en todas sus manifestaciones"; él tenía ya varios hijos y podría tener cuantos quisiera sin precisar de su participación ni de su consentimiento. Darío Galera vivió su vida en familia, pero no en la que formó, sino en la que decidió incluirse, la más parecida a lo que conocía: reencontró al amado padre y Dominga Pastor fue a la vez su madre paciente y protectora y su admirada hermana. La esposa la

encontraría Galera al margen de su círculo familiar reconocido. La elegida, la que lo amó "por sobre todas las barreras sociales", fue sin duda mujer valiente para su tiempo e inteligente: de origen indio, se infiere, con ella procrearía el patriarca la descendencia para la que sin saberlo ya trabajaba. Algo del brillo del fundador llega hasta Ceferino Monforte, rebelde a la voluntad paterna, caballero laborioso y honrado, que acaso adivinó desde el principio que tenía que defender como propia la fortuna de Galera y no se equivocó. Pero tras él vendría, incontenible, el derrumbe total y estrepitoso. Las causas, nos dice el texto, hay que buscarlas en el seno familiar y apuntan a la madre. Ella, desde que nacieron sus hijos mayores, "se dedicó a estropearles la vida consintiéndoles todos sus caprichos". Sin embargo, en este desenlace hay mucho de contradictorio en la actitud del padre, que hereda una gran riqueza material y a la vez un tremendo vacío moral; de ese modo se niega y se autodestruye, y pone en las manos de sus hijos un arma eficaz que dirigirán contra sí mismos y contra los demás. Principio del ascenso y ruina de los imperios. Crisis familiar de una sociedad cerrada, la de los encumbrados explotadores del henequén, que, incapaz de respirar los aires de la modernidad, apenas pudo trasponer el siglo.

Mérida, Yucatán, 1883. En la historia de los Pierce resalta más aún la figura del padre en toda su estatura arquetípica y cuyo papel se ha considerado preminente durante el siglo XIX. La vida de Arthur Norman, como la de su hijo Arthur William, presenta un punto de quiebre fundamental: la muerte del padre. Momento decisivo, fin y principio, la vida cambia radicalmente y nunca volverá a ser la misma. Si vivo el padre es el símbolo de la au-

toridad en todos los ámbitos de la familia y de la vida privada de sus miembros, muerto no ejerce un poder menos absoluto. La muerte del padre es el acontecimiento liberador, la gran oportunidad de escapar. Pero mientras que Arthur Norman huye hacia "las pródigas tierras americanas", el Yucatán del porfiriato, pleno de ofrecimientos para extranjeros emprendedores, Arthur William llega a una gran ciudad, México, que lo paraliza poco a poco y termina por engullirlo; va en busca de la independencia, se ha propuesto, por fin, vivir su propia vida; en busca, también, del anonimato que brinda la urbe, donde lo inconfesable pueda permanecer inconfesado. Pero, inerme, con un hondo sentimiento de desamparo, lamentará hasta el fin de sus días que su padre no esté para protegerlo y guiarlo.

Ciudad de México, 1922. En un acto intempestivo y cruel, no absurdo, Arthur William arranca a su familia de su tierra y la arrastra a la ciudad de México. Se trata, literalmente, de otro mundo, antinatural, inconcebible, frío en muchos sentidos. La identidad cuestionada constituye la primera afrenta; la familia se ve obligada a cambiar sus costumbres, su forma de hablar y hasta su nombre. Después, el derrumbe económico. ¿Por qué el economista graduado con honores en la Universidad de Harvard nunca pensó que había que preocuparse por el futuro de su patrimonio, que por toda base tenía la herencia paterna? Hombre paradójico y desconcertante, Arthur William se negó siempre a sí mismo. Coartó sistemáticamente cualquier expresión de su talento, naturalmente orientado a la electromecánica. Inventor por esencia, fracasó en la invención de sí mismo; o bien, ya construido, se desarmaba con facilidad, como lo hacía con sus creacio-

nes, como lo hizo con el cochecito rojo, "precursor de los automóviles compactos en el mundo", que cuando adquirió fama y mucha gente quiso conocerlo y poseerlo, volvió a ser un montón de refacciones sueltas; más todavía, "determinó desaparecer los procedimientos de su construcción". Tortuoso y enigmático, no se entregaría a nadie ni ofrecería la menor clave para descifrarlo.

Mérida, Yucatán, 1912. Piedad Monforte se casa a los 21 años. En su unión con Arthur William Pierce parece haber prevalecido el amor sobre el interés económico y sobre los prejuicios. Con todo, a los 29 años, madre de seis hijos, "se sentía aprisionada, cada vez más solitaria". ¿Qué causaba su desolación? Recluida en su casa, como mujer burguesa casada, se dedicó a administrar la economía familiar, controlar a su numerosa servidumbre y cuidar a sus hijos. Pero su marido tenía motivos para reclamarle "el desinterés rayano en la indiferencia que mostraba en la vigilancia del presupuesto hogareño". "Sin ningún sentido de la utilidad ni del orden", "con su eterno aire displicente y de total indiferencia", disponía de "una enorme casa para desordenarla cuantas veces quisiera, una buena porción de hijos para descuidarlos y un ejército de sirvientes para ir levantando tras ella sus depredaciones". Sometida al marido, qué duda cabe, gozaba de las compensaciones propias de su condición: de entre todas las cosas que la familia recibía de diversos países, Piedad "se encantaba con las piezas de satén de Windsor o de encaje de blonda, pensando en el rebumbio que iban a causar entre sus hermanas". No obstante, las fricciones con su marido empezaron muy pronto y las "eras glaciales" se hicieron cada vez más frecuentes "y por una gran variedad de razones o pretextos". Pero las

mujeres burguesas del siglo XIX disponen de posibilidades de acción no desdeñables, pues la esfera privada y los papeles femeninos se han revalorado, abriendo incluso un resquicio al feminismo: "desde la más insignificante tarea femenina... a la obsesión de las cuentas, auténtico tormento del ama de casa... cada detalle adquiere sentido" en la construcción y práctica de una moral doméstica, fundamento de la vida familiar.¹ La mujer es la "heroina", el "ángel del hogar", que con su virtud mantiene la armonía de la familia. Pero este modelo de lo doméstico no parece haber resonado entre la burguesía yucateca decimonónica, con más nostalgia aristocrática que sentido utilitario: Piedad añoraba "el bullicio de la casa de sus padres... su vida frívola, sin más propósito que pasarla bien".

Los Apuntes... son un verdadero desfile de tipos y costumbres, en especial del Yucatán de fines del siglo XIX. A menudo las mujeres ocupan todo el escenario. Es la joven burguesa que toca el piano en tanto espera al que será su futuro dueño, luego esposa sumisa que abriga enormes resentimientos contra los demás, contra el marido en particular, originados en su condición dependiente y ociosa; o la que, pasiva, se rebela al precio de quedarse soltera o de hacer un matrimonio tardío y desventajoso que pone a prueba su capacidad de abnegación y sacrificio; o la que transgrede abiertamente los cánones, la infractora que no se resigna a su soledad, cueste lo que cueste. Rivalidad entre hermanas: el matrimonio de la más joven acompleja y ofende a las mayores, todavía solteras. Las tías solteronas o viudas aparecen vinculadas en diferentes formas a la familia nuclear.

Dentro del ejército de sirvientes, indios mayas, las nanas desempeñan un papel preponderante. Son

las encargadas "de bañarnos, de darnos de comer, de vestirnos, de llevarnos al colegio, de soportar todo el día nuestras pataletas y malacrianza y de meternos en la cama". Madres sustitutas, cuando bien, sentidas como "inexpertas pero apacibles", las nanas participan hasta un punto insospechado en la educación infantil con sus cuentos sobre la *xtabay* y demás aterradoras consejas mayas. ¿Podría creerse que ellas, que enseñaron a los niños a mezclar en su español, "con toda naturalidad", expresiones y vocablos del maya, no hayan dejado en ellos una huella perdurable? Múltiples son las fuentes de la identidad, y no de todas tenemos conciencia. En el Yucatán de principios de siglo, con diferencias sociales extremas y despiadadas, los sirvientes están lejos de ser "los testigos vigilantes y enternecidos de la grandeza de sus amos",² aunque Piedad Monforte quiera pensar, como los antiguos aristócratas, que por haber trabajado para ella muchos años "son de confianza" e incapaces de robarle. Se precian de ser una élite, sirvientes "de casa rica" y quieren distinguirse colocándose dientes de oro, pero entre ellos y sus patronos es inconcebible la menor expresión de adhesión personal. Serán dos sirvientes, los contratados en México, los que den el golpe de gracia a la fortuna familiar. El último círculo, el de la comunidad de vecinos, "tribunal de la reputación", ejerce su fuerza implacable sobre la vida de los individuos. Arthur William decide marcharse a donde nadie pueda decir "mira lo que está haciendo el hijo de Pierce".

Actores todos de la rutina doméstica, sobre ellos gravita el secreto, aquellas "historias familiares" que no se cuentan, situadas en la frontera de lo indecible; las que disgregan al tiempo que unen, las

que dan poder al detentador y también lo atemorizan: la tía que fue madre soltera, la que sufrió una decepción amorosa y se vio rozada por un escándalo de nota roja, el emparentamiento ominoso con “pobres”, la disipación y el derroche, la traición y el engaño en el seno familiar... Pero, se pregunta otra vez el historiador de la vida privada, “¿se ha atrevido alguien a escribir su vida privada sin omitir nada, sin exhibicionismo o sin retroceder ante las confesiones que implican a terceros, sin riesgo de represalias? Creemos que no... lo decible no es solamente lo que el código social condena al silencio, sino que procede igualmente del acto de escribir, ‘traducción’ aproximativa y empobrecedora de la ‘vida interior’”.³

En los *Apuntes...* se contrastan actitudes frente a la educación de los hijos. Mientras que los Pierce envían a sus hijos a una escuela, “exclusiva para un selecto grupo de hijos de extranjeros”, los Monforte hacen venir a los maestros a la casa, conforme a la costumbre “provinciana” de las familias ricas de Mérida. A las jóvenes se les envía a algún internado en el extranjero para que adquirieran aquellas “artes de adorno” que las hagan “atractivas en los salones donde se amaían los matrimonios”. Las muchachas

Monforte regresan sin haber alcanzado “ni muchos ni pocos triunfos” porque no logran adaptarse a una vida tan diferente y, además, los internados no gozan de buena reputación.

Hay un interés notorio por enfermedades y remedios. Se muestra cómo la observación y la paciencia pueden curar lo que no curó el médico; se alude a padecimientos como la atonía, el asma y la hipocondría, y sus tratamientos; se escudriña la psicología de algunos individuos en relación con sus enfermedades. El uso del cloroformo como anestésico en los partos, se postula, podría tener un efecto nocivo sobre el hígado. Se exalta la sabiduría intuitiva de las indias mayas, que aplicaban la penicilina mucho antes de su descubrimiento científico.

Crianza infantil, rutina doméstica, diversiones y pasatiempos de la prehistoria familiar que en 1922 da paso a otra vida en otro mundo. La partida a México parece haber significado el rompimiento total, sin que mediaran cartas ni comunicación alguna después de la separación: a Piedad sólo le llegó, de sus padres, la noticia de su muerte. Atrás quedó, como una leyenda, la vida en Mérida, la añoranza de un pasado aristocratizante que sin duda hizo más difícil sobrellevar el

descenso. Pero la emergencia era tal que poco tiempo hubo para lamentaciones; había que anteponer a todo la sobrevivencia. Pareciera que, por un curioso mecanismo de la mente humana, el individuo que encuentra resueltas a satisfacción sus necesidades básicas actuales y futuras, se apoltrona y así puede transcurrir la vida sin que nada lo conmueva. El desarrollo parece exigir como condición una relativa carencia, al punto que Montaigne pudo decir, citando a Horacio, que en la educación de los hijos había que “ir a veces contra los preceptos de la medicina: que no tenga otro techo que el firmamento; que viva rodeado de alarmas”. Quizás el derrumbe del imperio, ineludible producto de las circunstancias, y trágico, es de suponerse, pueda verse también como un oportuno rescate, una de cuyas pruebas podría ser precisamente el libro que tenemos entre las manos

Notas

¹ Philippe Ariés y Georges Duby, *Historia de la vida privada*, 5 vols., Madrid, Taurus, 1989, vol. 5, p. 148.

² *Idem*, p. 191.

³ *Idem*, p. 162.

Instantánea de una familia: Los González de Saltillo

Salvador Rueda

Sergio Antonio Corona Páez, San Juan Bautista de los González. Cultura material, producción y consumo en una hacienda saltillense del siglo XVII, Torreón, Archivo

Municipal de Saltillo/Universidad Iberoamericana Plantel Laguna (colección Papeles de Familia, 2), 1997, 151p., cuadros.

El conocimiento del pasado colonial tiene, todavía hoy, mucho de ilusorio. Con frecuencia, las reconstrucciones históricas de los sucesos políticos, o de las formaciones so-